

# "LOS ÚLTIMOS REYES MAGOS"

## PRÓLOGO

*Cuando me enteré del concurso pensé rápidamente que debía contar un relato real que se había sucedido a mi padre cuando realizó el servicio militar.*

*A pesar de su enorme tristeza me gustó mucho, sobre todo por la fuerza, lucha, carácter y humanidad que el protagonista de la historia, un niño de 11 años, demostró tener.*

*Pienso que nadie debe sufrir. Pero los niños deberían tener una protección especial para evitar todo tipo de sufrimiento.*

*Este relato está dedicado a todos aquellos niños que por cualquier circunstancia han sufrido, sufren o sufrirán y para que todas las personas se conciencien e intenten ayudar en la tarea de evitar el sufrimiento de los infantes.*

*A continuación paso a relatar la historia que mi padre me contó,*

*Lucía Soriano Palomo.*

Jamás olvidaré aquel día. Los sentimientos se confundían en nuestro interior. Por un lado, daba la impresión que, incluso un día

tan señalado como el día del nacimiento de Jesús, un 24 de diciembre de 1982, había querido sumarse para que nuestro dolor fuese mayor. Por otro, cuando mirábamos el rostro de serenidad, y hasta sonriente de nuestro amigo Javier desaparecían las sensaciones de frustración, lucha, dolor que habíamos mantenido durante toda su enfermedad hasta el final, hasta que nos dejó físicamente. Porque por lo menos en mi corazón siempre quedó su recuerdo.

Todo empezó el 2 de noviembre de 1981, el día que me incorporaba a filas para realizar el servicio militar obligatorio y cumplir con la patria. La tristeza, la alegría y hasta cierta euforia se entremezclaban conforme me acercaba a la estación del ferrocarril que me llevaría a mi destino. Con mis 24 años recién cumplidos, mi carné de conducir en la mano y Licenciado en Medicina y Cia. Quería comerme el mundo. Pero en contraste estaba un poco triste, quizás por miedo a lo desconocido, quizás por ir a la "mili".

- José ¿ en qué vagón vas?
- En el 111. Vente. Hay sitio para dos.
- Voy en un segundo. Me despido de la familia.

José era mi íntimo amigo, de toda la vida. Mi alma gemela. Mi ángel de la guarda. Siempre fui a remolque de su estela. Era un puro Leo, nació el siete de agosto de 1957, y como tal un verdadero líder. Yo, Leo también pero más descafeinado. Nací el veintiuno de agosto del mismo año que mi amigo. Hicimos la carrera juntos, el servicio militar y posteriormente en nuestros trabajos siempre coincidíamos. Él llegaba primero y después yo le seguía.

- Daniel, vamos a cumplir una nueva etapa de nuestra vida. Por cierto pareces americano, sin barba y el pelado.
- Es verdad, ya me lo han comentado. Tu hermana no me ha reconocido.

Su hermana fue mi primer amor. Ese amor que nunca se olvida, un amor sublime mientras que dura y al final se convierte en platónico.

- Bueno José, ya nos vamos.
- ¡Anda qué no se mueve este tren! Cuando llegemos va a parecer que nos a dado el "Baile de San Vito"

A través de las ventanas veíamos desfilar a los familiares despidiéndonos. Mi madre estaba bastante afectada y se le caían lágrimas que corrían por sus mejillas.

Nuestro destino era el cuartel de Marinería de San Fernando. Íbamos a pertenecer al cuerpo que popularmente se conocía como "Los Popeyes", al cuerpo de Marinería.

El trayecto hasta San Fernando fue un poco triste y aburrido, aunque quizás lo peor vino cuando se abrieron las barreras de acceso al cuartel, a mi se me vino el mundo encima cuando vi a otros reclutas de la misma promoción que habían llagado antes. Parecían fantasmas dando vueltas por aquel enorme patio todos vestidos por igual, sin pelo prácticamente y con los típicos chaquetones marineros calados hasta las orejas por el frio que hacía.

La noche fue bastante larga, entre peluquería, vestuario, duchas y vacunaciones, nos dieron las cuatro de la madrugada para poder acostarnos.

La adaptación posterior fue bastante fácil, pues la verdad es que estábamos ocupados todo el día y teníamos poco tiempo para pensar en otras cosas que no fuesen las tareas del cuartel.

A mi amigo José le veía poco pero alguna que otra vez nos acordamos de las anécdotas típicas que suelen ocurrir en estas situaciones.

Los días fueron pasando, juramos bandera y me destinaron a la enfermería del cuartel, por supuesto que a José también, pero al poco tiempo por un problema de enfermedad del padre fue trasladado al hospital militar de San Carlos donde tenía más facilidad para salir y entrar e incluso permisos de larga duración.

Posteriormente y después de diez meses en la enfermería del cuartel yo también tuve la suerte de conseguir llegar al Hospital. Y allí fue donde verdaderamente comenzó la historia de Javier.

En el hospital fui destinado al servicio de Hematología, donde por orden del capitán médico que lo dirigía, D. Francisco Ribera me encargué del servicio de donaciones. En mis ratos libres pasaba sala con mi capitán y así fue como conocí a Javier.

Javier era un niño de diez años que en plena infancia sufrió un cáncer, concretamente un osteosarcoma en la pierna derecha.

Cuando yo lo conocí ya había sido intervenido en el Hospital Carlos Haya de Madrid. Evidentemente había perdido su pierna, pero a pesar de todos los sufrimientos que en cualquier persona pudiesen ocasionar todo este proceso, Javier era diferente y soportaba estoicamente su fatalidad incluso con buen humor.

Siempre recordaré el primer día que nos encontramos.

- Hola Javier, soy Daniel, el compañero del capitán. ¿Qué te parece si nos vemos de vez en cuando?
- Vale, pero tienes que jugar a los piratas conmigo.
- ¿A los piratas?
- Si.
- ¿Por qué a los piratas?
- Porque me van a poner una pata de palo, ja, ja, ja ...

Mi impacto fue enorme por dos motivos, uno por encontrarme a un niño postrado en una cama sin una pierna y sin pelo debido a la quimioterapia y otro por el humor sarcástico que era capaz de demostrar a pesar de su infancia.

Los días fueron pasando, unas veces mejor y otras peor. Altibajos propios de su enfermedad y tratamiento hasta que llegó el último mes de su vida.

Durante todo este tiempo conecté con el chico y no pasaba un día que no lo viese. Siempre buscaba un ratito para estar con él.

Pasaba largos ratos jugando y hablando con Javier, pues era un chico muy maduro e inteligente y era fácil entablar una comunicación fluida y sobre todo alegre y divertida. Siempre

tenía respuesta para todo y todos.

Ese último mes, como cualquier otro chico, hablamos mucho de los Reyes y su mayor ilusión era que le trajesen una bicicleta. Estaba tan convencido que le iban a poner su prótesis. "aunque fuese de palo" como decía con su sonrisa angelical, que la bicicleta era primordial para los Reyes Magos.

El mes de diciembre de 1982 fue muy duro para Javier, sus defensas disminuyeron y pasaba el tiempo de transfusión en transfusión debido a la anemia tan brutal que presentaba. Pero en los momentos más lúcidos siempre nos recordaba la bicicleta para los Reyes, sobre todo al padre, con el que tenía una especial unión.

En los días anteriores a la Navidad, intuyendo el desenlace, su padre le compró la bicicleta. Se la preparó para el día 24 porque sabía, que por desgracia, su hijo no volvería a ver a sus Majestades de Oriente.

El día de Navidad amaneció espléndido, incluso Javier experimentó una considerable mejoría. Parecía que hasta el día quería estar a la altura para la despedida.

Estuvimos juntos todos los amigos en su habitación hasta por la tarde que la situación de Javier empeoró. Entonces fue cuando su padre decidió darle su regalo de reyes. Cuando Javier vio su bicicleta, se le iluminó la cara y gracias a su entusiasmo consuguió murmurar:

- Sabía que no me fallarían. Papa, por favor, les das las gracias a los Reyes de mi parte.

Las lágrimas, los sollozos, ... de los presentes eran incontables y algunos tuvimos que salir de la habitación por el dolor que se palpaba en el ambiente. Su padre se quedó con él y posteriormente se fue quedando como dormido, con su habitual sonrisa, y con una mano agarrada a su bicicleta y la otra a su padre.

Poco después, alrededor de la media noche, ocurrió el fatal desenlace.